

Cripta y retracción narcisista en un vínculo de pareja. Perturbaciones somáticas, adicciones y cuentas.

Roitman, Clara Rosa.

Revista de Psicoanálisis, XXIV, N°279, Asociación Psicoanalítica Argentina, 2000.

Introducción

En el presente trabajo voy a exponer las alternativas de un tratamiento de pareja, cuyos integrantes, con componentes psicossomáticos y adicciones, se ven afectados por duelos patológicos, y por situaciones críticas correspondientes a la generación precedente. Lo común a ambos es un estado de retracción narcisista, sin restitución. Si bien ambos integrantes consultan por no llegar a acuerdos básicos en el vivir cotidiano, la vigencia de duelos y traumas sin elaborar nos acerca a los fantasmas del pasado que los habitan, y que funcionan en ellos como cuerpos extraños, sin metabolizar.

Dividiré la exposición en tres partes: A) la presentación clínica, B) la teoría que nos ayuda a comprenderla, C) su correlación con el caso.

A. Presentación clínica

Marisú y Alberto concurren a la consulta a pedido de ella, debido a las peleas y las agresiones constantes, más directas desde ella, más sutiles desde él. No hay acuerdos acerca del vivir cotidiano, ni proyectos en común. Tienen distintos horarios, dado que Marisú se levanta 7:30 y desearía acostarse a las 22:30 hs., momento en que llega Alberto del bar, donde estuvo con sus amigos, algo pasado de alcohol.

Los requerimientos, demandas y reproches de Marisú son abrumadores, y también sus denuncias, ya que es ella quien alude al sufrimiento de Alberto: sus adicciones al alcohol, a la cocaína, al juego. También revela que a Alberto diariamente le cuesta empezar a trabajar y ella tiene que empujarlo. Esto no ocurre cuando están en una ciudad que tenga casino. Sus amigos son drogadictos y homosexuales, especialmente Jorge, que está muy deteriorado, colabora con los negocios de Alberto y lo acompaña en los viajes de fin de semana por motivos de trabajo. También lo acompaña en las adicciones. Lo que ella dice es sensato, salvo que lo hace en términos de acusación.

Ella está en tratamiento y por eso, según dice, cuenta poco de sí, no lo necesita, tiene su propio espacio. Ambos hicieron tratamientos individuales, y comenzaron varios de pareja que duraron poco tiempo.

Viven juntos desde hace seis años. Se conocieron en una fiesta. El buscaba droga y ella le presentó a un proveedor. Ella no se droga. El dice que solo lo hace los fines de semana y mantiene el control. Ambos vienen de matrimonios anteriores. El tiene un hijo de siete años y ella uno de trece, que convive con ambos.

El tiene una empresa de diseño y confección de indumentaria. Empezó de la nada, en un cuartito donde su madre y él arreglaban cuellos y puños de camisas. Cuando se conocieron, ella puso una empresa similar, pero en otro rubro, con la marca de él y en los mismos locales. Si bien él le proporcionó el basamento económico, en la actualidad tienen ganancias separadas. Esto no está nada claro, ya que Marisú se queja de que cuando necesita dinero para su empresa él la manda a hablar con la secretaria o el contador. Marisú protesta:

así no debería tratarla. También se queja de que él no pague la tarjeta de crédito de ella.

Marisú aportó la vivienda: es el departamento en que habitó con su primer marido, y que estaba totalmente equipado. El ex esposo seguía pagando el alquiler hasta que Alberto se instaló allí. Actualmente los gastos cotidianos están divididos: cada uno se hace cargo de distintos rubros.

Durante el tratamiento venció el contrato del departamento, que ya no se podía renovar, y Marisú se quejaba de que ella veía otras viviendas para alquilar, mientras que él no lo hacía, o las rechazaba. En relación con este cambio de vivienda se analizaron las dificultades, especialmente de Alberto, de comenzar un proyecto y terminarlo. Alberto decía “que se sentía marcado por su padre”. No podía superarlo. Tampoco podía tener algo, “si finalmente todo se pierde”.

Aparentemente, Alberto no tenía dinero ahorrado: o lo invertía en su empresa o lo gastaba en cenas muy caras con amigos, o lo perdía en el juego. ¿Cuál era su límite en el juego? Según él: el perder; entonces no jugaba más. Jugaba a perder.

Historia de Marisú

Marisú tiene 38 años, es de familia judía. Sus dos parejas fueron católicas. Es la menor de tres hermanos. Hasta los 8 años se dormía aferrada a la mano de uno de ellos. No recuerda casi nada de la infancia. Evoca más a su padre que a su madre. Su padre se mató en un accidente en la ruta cuando ella tenía 15 años. Su madre volvió a formar pareja rápidamente con un hombre alcohólico que convivió con ellos. La madre era hipertensa. Comenzó a beber y murió un año después, de un paro cardíaco, cuando Marisú tenía 17 años. Los tres hermanos vivieron juntos poco tiempo y ella se casó a los 20 años, con un hombre bastante mayor, de familia italiana, católica y se separaron luego de nacido su único hijo. Sufría de psoriasis desde siempre, pero tuvo un brote fuerte al comenzar la convivencia con Alberto. Su hijo frecuenta la familia paterna. Al elegir colegio para el Segundo Ciclo, este púber elige uno judío. No pude conocer la historia de los padres y abuelos de Marisú: o no recordaba, o cambiaba de tema.

Historia de Alberto

Alberto tiene algo más de 40 años. En la tercera sesión del tratamiento cuenta que acababa de morir su padre. De manera reticente Alberto va contando lo que sabe, con algunos agregados de Marisú. El padre muere de un infarto de duodeno, arterioesclerótico y hemipléjico por ACV anteriores. Alberto le había comprado la tumba hacía 10 años. Su padre vivía solo, con mucama y enfermeras. Alberto lo acompañó en el último momento. Como el progenitor no tenía ropa buena, Alberto sacó de la de su producción para vestir al muerto. Lo mantenía desde que él tenía 20 años.

El padre de Alberto vino de Europa en 1947. Tenía 33 años. Vino de Italia, aunque había nacido en Polonia. Conoció a la madre porque él pertenecía al ejército (fascista, agregó Marisú), y a los oficiales les asignaban una vivienda en casa de civiles. Fue a vivir a casa de la madre de Alberto, la cual estaba sola, debido a que 8 meses atrás los partigiani saquearon la vivienda y luego dispararon sobre la familia. Los padres de ella murieron instantáneamente. Ella sobrevivió, aunque fue herida por una bala en el cuello.

El padre de la madre había sido coronel del ejército. Tenían un buen pasar. Su madre era de “buena familia”. El padre y la madre de Alberto vendieron parte de la herencia de ella, se casaron y vinieron a la Argentina. Él nació un año después de la llegada de los padres a la Argentina, y yo supongo que su lengua materna fue el italiano. Alberto no piensa que hubo amor entre los padres. La madre de Alberto le buscó trabajo a su marido en un taller que hacía publicidad para vidrieras, dado que era hábil manualmente. El taller cerró al tiempo. El padre exigió indemnización y no trabajó más. El padre, antes de casarse con la madre, tuvo otra mujer y una hija. Marisú dice que también él bebía. Alberto no recuerda su edad cuando el padre dejó de trabajar. Cree que él tenía 13 años. La madre y él se fueron a otra casa. No vio al padre por dos años. El día en que él comenzó a trabajar en una oficina, el padre volvió y hubo una escena de violencia entre este y la madre: gritos y golpes. La madre pidió el divorcio. Alberto dejó de verlo por un año. El padre había cambiado su apellido. Alberto también cambió su apellido: a los 20 años comenzó a usar el de la madre, comercialmente.

En otra sesión Marisú cuenta que preguntó a la madre de Alberto el por qué del cambio de apellido del padre: porque en Polonia hacía mercado negro con los campos de concentración, lo descubrieron, huyó a Italia y entró en el ejército fascista. Marisú cuenta además que también Alberto se cambió el apellido, porque sonaba judío y él estaba con un grupo de ultraderecha. Alberto corrige y dice que lo hacía porque era del barrio, y si no pertenecía quedaba fuera. No fue una cuestión ideológica; si no, no podría vivir con ella. Alberto luego dice que él sabía lo del mercado negro y se asombra de que su madre lo supiera. Él pensaba que su padre era judío, que nunca tuvo pruebas ni en contra ni a favor: y que huía de los nazis. Marisú acota que tal vez fuera un sobreviviente.

Alberto dice que le quedó a oscuras la historia de su padre. Él quedó sin modelo, sin identidad, sin historia para transmitir a su hijo. Marisú agrega que la madre está viva, dando a entender que podría preguntarle y que se escribe con un hermano. Alberto dice que el padre contaba historias de la guerra que eran mentiras. En una sesión Alberto cuenta de su tristeza, y de los comienzos del alcohol: al iniciar, a los 20 años, el taller de costura -con su madre. Almorzaba solo, y entonces bebía vino. La droga vino después, y también la obesidad, que lo avergonzaba.

Con estos pacientes resultaba muy difícil historizar. Estos elementos de la historia surgieron como consecuencia de mis preguntas.

Características del tratamiento

Fue un tratamiento privado, que se realizó en mi consultorio con una frecuencia de dos sesiones semanales de una hora de duración. Faltaban con cierta frecuencia, a veces sin aviso previo. Ambos fumaban mucho. En un principio Alberto estaba sumamente desconfiado, receloso, y luego se fue aflojando. Marisú aparentemente era más locuaz; sin embargo silenció muchos contenidos. El tratamiento se realizó durante un período político y económico muy inestable, con una altísima inflación mensual. Sin embargo, según ellos, les iba económicamente muy bien. A pesar de esto Alberto cuestionaba constantemente los honorarios. Lo que producían en sus empresas iba dirigido a una población que no sufría los embates económicos. Con todo, Marisú traía su preocupación por esta situación inestable e incierta.

Durante el transcurso del tratamiento, los cuestionamientos, las exigencias y las críticas de Marisú a Alberto fueron constantes, y progresivamente se dirigieron también hacia mí: no le daba lo que buscaba y necesitaba. Marisú hablaba muy poco de sí misma. Como al pasar mencionó a una amiga: Perla. La terapeuta individual de Marisú (quien había derivado a la pareja a tratamiento) en algún momento me mencionó que esta amiga era muy importante para la paciente, ya que le daba, todas las temporadas, una buena cantidad de ropa de la que ella producía, situación que luego de años comenzó a molestarle mucho. Durante el tratamiento Marisú solo hablaba de los amigos de él, y lo hacía con evidentes celos: Alberto parecía ser el que traía lo negativo a la pareja.

Alberto comenzó a pensar, a elaborar partes de su historia, y Marisú empezó a decir que se sentía sin ganas de nada. Algunos días no había ido a trabajar. No estaba deprimida, como antes, sino "inerte" (el término es de ella). El tratamiento se desarrolló con cierta regularidad durante 4 meses y medio. Se acercaba la fecha de vencimiento del contrato del departamento. En una sesión anunciaron que se iban de viaje. Pregunté cuándo. "En una semana". "¿A dónde?" "A Europa" "¿Por cuánto tiempo?" "45 días" "¿Qué harán con el departamento?" "Cerramos la puerta y pensaremos al regresar". Se plantea si esto no representaba una transgresión al contrato. "No podemos hacer otra cosa".

Luego de esto, fueron a trabajar a una ciudad balnearia, con casino. Van con los hijos. También va Jorge, que comparte el cuarto con los chicos. Marisú se queja de que los chicos duermen con este personaje nauseabundo. Al volver trabajamos tres meses más. En un principio nos concentramos en las dificultades para encontrar una nueva vivienda, y luego, cuando se decidieron por una, en los problemas de la decoración y ambientación. Marisú estaba muy enojada porque Alberto decidió hacerla con su amigo Jorge, y ella no estaba de acuerdo. Alberto aclaró que la había llamado infinitas veces para que ella participara. El desacuerdo era, entre otras cosas, por la decisión de poner un piano de cola, blanco en el centro del living. Nadie sabía tocar el piano.

Faltan dos sesiones sin aviso, yo intento comunicarme antes de la tercera. La secretaria de Alberto me avisó que interrumpían el tratamiento, y que me enviarían el importe de los honorarios. Cuando insistí en comunicarme, me encontré con la secretaria o con un contestador telefónico.

Quiero señalar algunas situaciones que formaban una especie de marco en el cual se desenvolvían otros contenidos:

a) Los números: por momentos podía tratarse del dinero de los honorarios, tema de discusión constante, y, según el relato, habría sido también tema de discusión y corte de tratamientos anteriores. En estos cortes influyó que él los dejaba decaer, no aportando nada. También había muchos comentarios sobre el dinero destinado al vivir cotidiano, las empresas, los departamentos por alquilar, lo perdido en el juego y la ausencia de ahorros. Alberto invertía el dinero ganado en la empresa en abrir nuevos locales, algunos de los cuales luego cerraba porque no podía ocuparse de ellos. Marisú planteó que delegara, pero Alberto aclaró que intentaba hacerlo y que se había dado cuenta de que sus empleados, especialmente los gerentes, le robaban. Pero no los despedía ni los limitaba. No podía. Al igual que con el juego, estaba destinado a perder. También para Marisú los números eran importantes, especialmente, en relación

a que Alberto no le daba lo suficiente, o se lo daba mal. No decía en cambio que ella le daba prendas a su amiga.

b) El aburrimiento: surgió desde el inicio. Marisú se quejaba de que se aburría porque no compartían el vivir cotidiano, no había proyectos en común, nada nuevo, ni aún en las relaciones sexuales. Alberto decía que para él el aburrimiento era no saber qué hacer, cómo llenar el tiempo, decía quedarse estático, sin hacer cosas. Entonces comía y engordaba; veía TV y dormía desde las 6 a.m. a las 12 a.m. Tal estado se vinculaba con el insomnio: le costaba dormirse, desde siempre.

Marisú, con el correr del tiempo, dijo que se estaba plegando a este ritmo, que se pasó cuatro días sin ir a trabajar, desganada. Luego agregará que se sentía inerte, no aburrída sino falta de vida. En otros momentos dijo sentirse catatónica, que no arrancaba.

En una sesión en que yo le pregunté a Alberto si él sabía acerca del efecto que le podía producir la combinación de obesidad, hipertensión, alcohol y droga, respondió afirmativamente: "Sí, es 'danger'. Sé que camino por una cornisa". Me llamó la atención esta palabra extranjera, no perteneciente ni a la lengua materna ni a la de su país de nacimiento.

c) Hay otros dos problemas clínicos que se presentaron de entrada. Uno es el lenguaje catártico de Marisú. El mismo representa un intento de expulsión, de evacuación de afectos y conflictos no procesados. Ella no podía contenerlos e intentaba expulsarlos, con lo cual el lenguaje perdía su sentido simbólico y se convertía en un acto de descarga. El otro problema clínico, que Marisú adjudicaba en un principio a Alberto, y que luego admitió también como propio, era el apego al contexto, en este caso el no poder abandonar un lugar, la casa.

Algunos apuntes acerca del material

Trataré de describir una lógica familiar: Marisú habla de él, no de ella. Parece identificada con una madre muerta-viva, colérica, que transforma la furia por la muerte del marido en un suicidio, compartiendo la adicción de la nueva pareja. La madre de Marisú apostó a seguir el destino del marido, hasta en la muerte.

En Marisú se ve un mundo de prestaciones y contraprestaciones: ella dice que le deja a él su casa, al igual que la madre de Alberto, que dio su espacio al marido. Alberto, a cambio, le da el dinero que le permite comenzar -y mantener- su empresa, y sale de garante para sus créditos (esto es contado respondiendo a mis preguntas). Marisú aparentemente da para recibir y este es un reclamo insistente en ella hacia Alberto y en la transferencia: como si tuviéramos que constituirle en su subjetividad. Pide que le completemos un proceso identificatorio que nunca terminó de constituirse y se quebró traumáticamente en la adolescencia. Ella tiene un doble no declarado, su amiga, que le extrae las vestimentas: otra completa su identificación a costa de ella. Si bien había componentes histéricos, en ella prevalecía un saboteador interno, dado por la hegemonía de otras estructuras: la tóxica (lo psicósomático, la apatía), la paranoide, que se expresa a partir de los componentes homosexuales y la celotipia.

Del duelo de Alberto no conocemos demasiado, ya que comienza a poder desplegarlo en el tratamiento. Lo vemos en acto. El dice que carece de

historia y de identidad. Toma el apellido materno para suplirla, y en esa época adopta una identidad fascista, como el padre, quizás una defensa frente al interrogante por sus orígenes judíos.

¿Qué le va a transmitir a su hijo? En principio la historia de la propia madre, que en su duelo patológico acepta a un hombre que ocupa su domicilio para que, luego de casarse, el marido la traslade y obtengan juntos un espacio diferente sobre la base del dinero de ella. En este caso es Marisú quien tiene casa, y busca otra para el cambio. En Alberto se desarrolla un duelo patológico en relación con su nexos con el padre. Como suplente de dicha función pone cerca de su hijo, en lugar de un modelo normativo, a un hombre deteriorado, su amigo Jorge. Es su forma de transmitir la historia, en acto.

Cada uno de ellos espera algo del otro. Ese algo tiene un basamento en común y elementos diferenciales. Lo común parecen ser tres líneas: los estados tóxicos, la retracción narcisista paranoide y los componentes neuróticos. Pero básicamente los dos tienen duelos sin procesar, lugares identificatorios sin completar.

Alberto puede hablar de su historia incompleta y de su estado tóxico. Marisú pareciera no poder hablar desde su subjetividad y la proyecta. Marisú acusa, denuncia, pone en evidencia, busca testigos para desenmascarar la verdad, tiene una fijación pasional y posesiva hacia él. Alberto pareciera más reflexivo, pero también más pasivo e inerte, como si no pudiera evitar encaminarse hacia la destrucción, que para él está puesta en un destino marcado por el padre: perder. Desinviste el futuro, el suyo, el de su hijo, el de la pareja. ¿Para qué va a guardar el dinero? El se ha dado de baja a sí mismo y se deja morir lentamente. No tiene pasado conocido. Ella no tiene presente. Ambos repiten duelos patológicos, propios o de otra generación. Sin embargo todo va a retornar desde el presente de ella -en un momento dado- para interrumpir el tratamiento, como lo expondré enseguida.

Por otra parte, el contexto socio-económico y político en que se desarrollaba el tratamiento era inestable. Un país que había salido de un proceso político militar con 30.000 muertos o desaparecidos, reactivaba las historias de las guerras y persecuciones vividas por los ancestros de ambos.

Sobre la interrupción del tratamiento

Tras la suspensión de la terapia, me comunico con la analista de Marisú, quien los había derivado. Me informó que Marisú también había interrumpido abruptamente su tratamiento, pero que se lo había dicho personalmente. No tenía motivos válidos, salvo que estaba dolorida por su amiga, cuyo analista había muerto de un infarto. No dijo nada más.

Por un azar yo conocía lo sucedido: Perla, su amiga, a la que le entregaba ropa, estaba en sesión, y su analista interrumpió diciendo que no se sentía bien y falleció una hora después.

Análisis de los componentes de la estructura de ambos integrantes de la pareja

1) Uno de ellos, que desearía destacar, es el atravesamiento intergeneracional.
2) Otro de ellos se refiere al componente paranoide, que emerge en la desconfianza, ciertos elementos querellantes de Alberto y los celos de Marisú. En ambos prevalecía un estado de retracción narcisista (sin restitución) y un duelo patológico.

3) Un tercer aspecto son los procesos tóxicos, en buena medida derivados de la retracción narcisista antedicha. Estos estados tóxicos culminaban en alteraciones somáticas: hipertensión e ingesta (Alberto), psoriasis (Marisú), y en ambos un fumar excesivo.

4) En ambos advertimos una fachada más neurótica, que en ella pareciera tomar la forma de una caracteropatía histérica y en él de una caracteropatía fóbica. Tales componentes neuróticos iban acompañados de un incremento de la represión, que era el complemento de la retracción narcisista del otro fragmento psíquico.

5) Con esta referencia a las defensas nos introducimos en el estudio de los mecanismos en juego en cada uno: desmentida de la realidad y desestimación de los afectos. Estas defensas, si bien promueven efectos en cada uno de ellos, también acarrea consecuencias en el vínculo, ya que implican nexos patógenos específicos.

B. La teoría

Quisiera desarrollar brevemente algunos conceptos que utilizo, que nos permitirán acercarnos a la comprensión clínica. Estos son: I) la retracción narcisista, II) los estados tóxicos, III) la transmisión transgeneracional, y IV) la complementariedad patológica y el interjuego de las defensas.

I. La retracción narcisista

Sintetizaré en principio conceptos freudianos (Freud, 1911c, 1914c, 1917e, 1918b) y desarrollos posteriores de Maldavsky (1988, 1998). Freud nos dice que frente a una injuria narcisista, por ejemplo la derivada de una pérdida de objeto, el yo se retira de la realidad. Las formas del retiro libidinal están vinculadas con las defensas: si prevalece la represión, la libido se refugia en la fantasía, sin desvincularse totalmente del mundo objetivo (introversión). Si el proceso es masivo, tal como sucede cuando sobreviene una desestima (verwerfung), la libido desinvieste la realidad perceptual (Freud, 1924b, 1924e), pero también la representación-cosa y el representante de la instancia paterna (superyó). Percepción, representación-cosa y superyó operan en este caso como representantes de la realidad.

Freud (1911c) distingue tres momentos en las psicosis: 1) Desinvestidura de la realidad (retracción), 2) Sobreinvestidura del yo (megalomanía, seguida de angustia intensa y/o pánico hipocondríaco cuando fracasa la tentativa de procesar la libido colocada en el yo), 3) Restitución de la investidura de la realidad (siguiendo una línea en que se saltea la investidura de la representación-cosa); por lo tanto las palabras funcionan como representación-cosa, y el ensamblado es bizarro. En este tercer momento (restitutivo) a menudo surgen los delirios manifiestos.

La retracción narcisista abarca pues a los dos primeros momentos (desinvestidura de la realidad, sobreinvestidura del yo). En esta retracción narcisista podemos encontrar cinco aspectos: a) el de la herida narcisista, b) el que corresponde a la desinvestidura del mundo, c) el que corresponde a la sobreinvestidura del yo (megalomanía), d) el que corresponde a la estasis de la libido objetal, que provoca una angustia violenta, intolerable, e) el correspondiente a la estasis de libido narcisista, que culmina como pánico hipocondríaco.

En el proceso de retracción narcisista, la megalomanía aparece, según Freud (1914c), como una tentativa de procesar la libido acumulada en el yo. Esta tentativa de procesamiento fracasa y en consecuencia aparecen los estados tóxicos, en los que surgen alteraciones somáticas (sobre todo por el estancamiento de libido objetal) y junto con ello los afectos antes mencionados.

Maldavsky (1998) plantea, refiriéndose a la retracción narcisista, que hay pacientes que se mantienen en ella, y tienen solo amagos del momento reconstitutivo. Encuentran otras soluciones que quedan entre la retracción y el delirio manifiesto. Por ejemplo, producirse alteraciones en la fuente pulsional, tales como adicciones varias: a ingestas, al juego, a la velocidad, o sufren trastornos psicosomáticos, o se aceleran y con el descontrol producen accidentes.

Hasta aquí aludimos a la retracción narcisista propia de la desestima, que tiene un carácter drástico. Es menos insidioso el retiro libidinal narcisista cuando opera la desmentida (verleugnung). En tal caso el ataque a los representantes psíquicos de la realidad no es tan destructivo, y se alcanzan soluciones transaccionales que implican un reconocimiento de los hechos junto con su desautorización. Sin embargo, cuando la desmentida fracasa existe el riesgo de que la desestimación se vuelva dominante.

Consideramos que en estos pacientes prevalecía sobre todo la desmentida. También en estos casos puede o no darse el proceso reconstitutivo, la reconexión con la realidad desautorizada. En estos pacientes prevalecía la retracción narcisista sin restitución, de donde derivaban los estados de apatía, letárgicos, abúlicos, en los que también confluyen los duelos patológicos. Advertimos también una restitución parcial a partir del trabajo, fuera del vínculo de pareja. Sin embargo, podría tratarse de una manera de mantener la retracción, encubierta como reconexión con el mundo.

¿A qué se debe la falta de restitución? Hallamos tres respuestas posibles, a menudo, combinadas. a) A la ausencia de un interlocutor empático. Sin embargo, cuando lo encuentran en un analista, interrumpen el proceso, debido a una compulsión a la repetición de trauma, b) Porque la historia que se debe procesar proviene de generaciones previas, de identificaciones con lo silenciado, lo ocultado, o lo que nunca tuvo palabras. No se trata solo de contenidos, sino también de una forma de transmisión que algunos autores llaman lo encriptado, c) Por fijaciones a un erotismo intrasomático: me refiero a una libido que inviste órganos (Freud, 1926d), y que está fijada a las alteraciones internas más que a las acciones específicas. En ese sentido los muchos números que nos invadían en las sesiones parecían una expresión de cantidades pulsionales en estasis, es decir sin posibilidad de procesamiento vía motricidad, vía afecto o vía simbolización.

II) Los estados tóxicos

Las afecciones psicosomáticas y las adicciones constituyen el efecto del estancamiento de la libido objetal y/o narcisista, retraída al yo y que resulta improcesable. A esta estasis libidinal sin restitución se le agrega el estancamiento de las necesidades, de las pulsiones de autoconservación (Freud, 1926d, Maldavsky, 1992). A menudo este estancamiento múltiple es consecuencia de la fijación a un trauma. En tal caso el yo no halla los medios para el procesamiento motriz, afectivo y/o simbólico de las exigencias pulsionales. La exterioridad no está entonces compuesta por objetos

diferenciados sino por un contexto, como el necesario para poder conciliar el sueño: ni hiperestimulante y llamativo, ni ausente. En el mundo sensorial prevalecen las frecuencias, los ritmos (expresadas como énfasis en las cuentas, en los números), y no la cualificación diferencial. El cuerpo propio, igualmente, es concebido como interconectado con otros químicamente, y no vía percepción diacrítica. A estas características de la exterioridad captada por la percepción se le agregan ciertos rasgos del discurso, que puede ser catártico o especulador, plagado de cifras y cuentas. También tiene importancia el estado de apatía, expresión de una tristeza no sentida, como consecuencia de un ataque (desestimación) al sujeto del afecto (Mc. Dougall, 1982, Maldavsky, 1995). Respecto de la pareja de Marisú y Alberto, el contexto al cual estaban apegados era la casa, pero para él esta no era un espacio que le permitiera conciliar el sueño. En su lugar aparecía la práctica adictiva: consumo de alcohol, de cocaína, desbordes alimentarios. La fijación a este contexto decepcionante le interfería inclusive salir, ir a trabajar. También Marisú aclaró que a ella le costaba abandonar la casa, que se convertía en sede de su retracción. El contexto, cambiado de signo, se volvía intoxicante.

III) La transmisión de la vida psíquica entre generaciones

En esta pareja es posible advertir un modo de relación con la historia de las familias originarias: la cripta (Abraham y Torok, 1987). Tisseron (1995) nos dice que no se trata de transmisiones que impliquen objetos concretos, y que por lo tanto prefiere referirse a influencias recíprocas entre sujetos, que pueden pasar de una generación a otra. También se transmiten cuestiones que quedaron en suspenso (no tramitadas) en el inconsciente de los ancestros. Solo se puede introyectar aquello que pasa por un proceso de elaboración psíquica. Si esto no es posible, el acontecimiento queda "incluido" en el yo en las generaciones siguientes. Cuando el acontecimiento es condenado al secreto, este se conserva en el inconsciente con la expectativa de hacerlo revivir para darle un nuevo desenlace, de acuerdo a los deseos del sujeto. En un nivel tóxico, y ya no dinámico, de esto resulta una configuración psíquica, la cripta. El funcionamiento psíquico de un niño con un padre portador de una cripta se ve afectado, y debe simbolizar en relación con esta, presente en él en forma de un objeto interno, con una desestimación parcial y localizada, a expensas de la propia vida pulsional. Algunos hechos traumáticos (que a veces son vergonzosos) son indecibles para una generación, e inenunciables para la generación posterior: no pueden ser objeto de una representación verbal. Sus contenidos son ignorados y su existencia es solo presentida. Un hijo capturado en una transmisión de información como esta puede desarrollar síntomas aparentemente desprovistos de todo sentido, tanto en el campo de los aprendizajes cuanto de los trastornos mentales, especialmente conductas toxicománicas, alcoholismo y delirios, o trastornos psicósomáticos. La noción de cripta implica la existencia de un duelo patológico, y además el uso de un lenguaje que requiere de una clave para ser descifrado. También implica un tipo particular de escisión en el yo, en el cual existe un fragmento creado a partir de la incorporación (sin procesar) de las historias mudas precedentes. En este contexto, la palabra usada por Alberto en idioma extranjero hacía referencia a lo encriptado.

Desde una perspectiva diferente, pero confluyente, H. Faimberg (1993) nos habla de la genealogía de ciertas identificaciones. Alude a aquellas

predominantemente narcisistas, mudas, inaudibles, que comienzan a ser detectadas en la transferencia. Estas identificaciones condensan una historia, que en parte no pertenece a la generación del paciente. La autora también se refiere al telescopaje (encaje) de las generaciones, tal como aparece en las identificaciones inconcientes de los pacientes, revelados en la transferencia.

El paciente está "ausente" en las sesiones, dado que escucha al analista identificado con padres internos que tuvieron -y transmitieron- una regulación narcisista, en que no lo reconocieron como sujeto independiente, ya que aquello que podía ser amado en él (la independencia) era considerado como no-yo.

Faimberg postula que esta lógica implica por lo menos tres generaciones, dado que los padres que producen este tipo de vínculo (de apropiación e intrusión) están ellos mismos capturados en un sistema identificatorio que proviene de una generación anterior. Estas identificaciones suelen oscilar en torno a una historia secreta, ubicable en otra temporalidad. Una persona puede quedar capturada en este sistema, y solo cuando la conoce y le atribuye significación puede salir de este proceso de clivaje.

A partir de todos estos hallazgos, otros autores (Kaës, 1997, Eiguer, 1997, Carel, 1997, Fustier y Aubertel, 1997, Ciccone, 1997) desarrollaron diferentes investigaciones que no es mi interés exponer aquí, ya que más bien prefiero centrarme en el caso para reunir, en torno de la clínica de pareja, lo ya expuesto. Deseo resaltar la encrucijada entre una múltiple dinámica en la pareja, que incluye por un lado los procesos de duelo y su relación con los estados de retracción narcisista y las estasis pulsionales, y por otro lado una interrelación entre los encriptamientos de cada uno de los integrantes, que a su vez pueden producir efectos en las generaciones siguientes.

IV. La complementariedad patológica y el interjuego de las defensas

Resulta de interés considerar los conceptos de R. Kaës (1993) respecto a los pactos denegativos. Los define como una forma particular de alianza inconciente. Estas alianzas tienen un valor positivo, estructurante, y uno negativo, desestructurante. Yo me centraré, a los fines de la brevedad, en esta segunda alternativa. Kaës diferencia, en principio, entre contratos y pactos narcisistas. El primero surge ante un litigio que requiere de un tercero que resuelva el conflicto y actúe como garante para las dos partes.

El pacto narcisista, como opuesto al contrato, es el resultado de una paz impuesta. Contiene y trasmite violencia. Otorga asignaciones unívocas y mutuas a un emplazamiento de coincidencia narcisista. Los quiebres en este sistema dejan al descubierto una falla en la continuidad narcisista. Este pacto se acompaña de un acuerdo inconciente sobre lo que debe permanecer sofocado, inconciente, para que el vínculo se organice y se mantenga. El pacto narcisista genera zonas de silencio, núcleos tóxicos, espacios-basurero o líneas de fuga, y conducen a que el sujeto sea ajeno a su propia historia.

Esta somera síntesis nos puede servir de introducción para encarar la cuestión del interjuego de defensas en los vínculos de pareja, y entre ellos el de Alberto y Marisú. A los fines de la argumentación más global, solo consideramos cuatro alternativas: 1) represión (*verdrängung*), que se opone a la pulsión, al deseo y a ciertas representaciones y fantasías como sus representantes, 2) la desmentida (*verleugnung*), que pretende refutar una realidad perceptual y sus representantes psíquicos (ciertas huellas mnémicas,

ciertos juicios), 3) la desestimación (verwerfung) de la realidad que aspira a abolirla, y con ella a sus representantes, 4) la desestimación de los afectos. Además, es necesario preguntarse si una defensa tiene éxito o si fracasa. En tal caso puede retornar de un modo diferencial. Por ejemplo, el retorno de lo reprimido aparece en los síntomas neuróticos, mientras que muchas alucinaciones y delirios corresponden al retorno de lo desestimado en las psicosis.

Estas consideraciones nos llevan a plantearnos al menos dos cuestiones globales, concernientes al juego de las defensas en el terreno intersubjetivo: 1) el éxito o fracaso de la defensa y su manifestación, 2) la simetría y la complementariedad defensivas. Si reunimos ambos aspectos podemos sostener que a veces puede ocurrir que en una pareja marido y mujer recurran a la desmentida, pero en uno puede evidenciarse el fracaso de la defensa que el otro mantiene exitosamente. Puede ocurrir además que para mantener la propia desmentida uno de los miembros de la pareja opere cuestionando la misma defensa en el otro, como creemos que ocurrió en esta pareja, cuando Marisú denunciaba lo que su marido silenciaba. También puede ocurrir que mientras en un miembro de la pareja predomine la desmentida, en el otro prevalezca o bien la represión o bien la desestimación de la realidad. Al respecto, cabe recordar que en los Tres ensayos, Freud (1905d) sostuvo que en una misma familia las mujeres reprimen y los hombres desmienten, con lo cual aludía a esta combinación intersubjetiva de las defensas de carácter complementario.

Aún así, la situación que describimos está simplificada, ya que la propuesta de Freud (1918b, 1927e) implica tomar en cuenta que en cada paciente coexisten diferentes corrientes psíquicas (defensas), que mantienen entre sí nexos de hegemonía, subordinación y autonomía relativas. Algo similar, aunque de un modo más complejo, lo podemos advertir en las interjuegos defensivos en las parejas, en las cuales las combinaciones defensivas pueden estereotiparse o modificarse, ya que en cada paciente hallamos sistemas mixtos (por ejemplo, que haya una represión al servicio de la desmentida).

C. De vuelta a la clínica

1. Cuestiones de origen

Deseo considerar en primer lugar una perspectiva: la de los anudamientos vinculares entre Marisú y Alberto como sedimento de historias de generaciones precedentes, a los que los pacientes dieron cabida de manera singular. En ambos la historia familiar estaba cortada en el nivel de los padres. Era imposible llegar más atrás, y del mismo modo resultaba problemático que propuestas identificatorias podían transmitir a sus respectivos hijos.

Además de estos elementos en común, hemos destacado ya que el padre de Alberto había dejado de trabajar tempranamente, y que había enigmas acerca de su origen y sus actividades en Europa, su relación con los judíos y con el nazismo y luego el fascismo. Alberto prefiere desconocer la historia del padre y recuperarla identificatoriamente, siéndolo. Entre los factores que lo conducían a desconocer su origen en la línea paterna era eficaz la vergüenza, acompañada de un ataque a una función paterna, como ocurre cuando prevalecen la desmentida y la desestimación. Tal desautorización de la función paterna dejaba a Alberto carente de identificaciones, como se evidenció

en su cambio de apellido. Pero también lo dejaba carente de proyectos en que estuvieran en juego sus deseos y sus ideales, que dotaran de significatividad a su existencia. Sentirse dependiente de un padre que oculta los hechos y miente parecía ser otro factor que incidió en la falla identificatoria de Alberto, aunque su historia familiar resultó más accesible al tratamiento. En esta orientación computamos que, para su sorpresa, Alberto descubrió que la madre conocía secretos de la historia paterna que este creía que se mantenían ocultos. Las dificultades de Alberto para acceder al legado representacional de sus progenitores pueden enlazarse con una estratificación idiomática. Un idioma originario de la pareja fue luego sustituido por el castellano de Buenos Aires. Entre ambos idiomas se daban nexos fluidos, y parte de esa historia pudo ser recuperada en el tratamiento. Sin embargo, había otro idioma, el polaco, en el cual estaba contenida la parte de la historia paterna inaccesible al intercambio simbólico, salvo a través de claves, de un descifre que incluía tomar en cuenta la repetición (vía identificación) de escenas desconocidas, para el yo oficial. La apatía de Alberto, así como el modo en que abandonaron la casa en que ambos vivían pareció expresar parte de esta historia, y del mismo modo esta emergió en su referencia a las actividades dangers. Tal vez su elección de pareja de una mujer judía tiene una manera de intentar recuperar un fragmento enigmático de la historia paterna, anterior a la aparición de la madre de Alberto en su vida.

Durante el tratamiento fue posible desarrollar parte de un trabajo para recuperar el nexo de Alberto con su pasado, con las determinaciones que marcaron su subjetividad y su ataque a ella. Algo diferente ocurrió con la historia familiar de Marisú, aparentemente menos rica en peripecias, pero más trágica, comandada por un destino de muertes encadenadas, que la dejó huérfana en la adolescencia. Sobre todo debió de tener gran importancia la forma en que su madre se dejó morir recurriendo al alcohol, tras la muerte del esposo. La escena del encuentro de la pareja cobraba significatividad a partir de otra, en que, tal vez, Marisú acercara a su madre la botella de alcohol. En el caso de Marisú, el silenciamiento de la historia de su familia no pudo ser reemplazado por una reconstrucción, salvo por los hechos acontecidos en las sesiones. El apego a Alberto y la historia de este, al cual al mismo tiempo atacaba, parecía hallarse en continuidad con su modo de dormirse en la infancia, aferrada a la mano de alguno de sus hermanos. Con ello aludimos a que Marisú pareció incluir a Alberto en la serie fraterna, y que del mismo modo en que él quedaba apegado a un contexto ajeno, ella quedaba violentamente adherida a él. Pero el retorno de la historia de Marisú se hizo presente sobre todo con el episodio de la muerte del analista de su amiga, detonante de la terminación del tratamiento. Esta parecía la forma en que la paciente relataba una identificación con el destino materno, según el cual se abandonaba a sí misma al perder el objeto. Igualmente, el hecho de comprometer a Alberto en la interrupción del tratamiento podía ser una forma de poner en evidencia cómo Marisú se sintió arrastrada a seguir el destino materno, cuando esta se dejó morir. Del mismo modo, sus referencias crecientes a sentirse "inerte", cuando el tratamiento avanzó, aludían a ese estado materno cuando se dejó ganar por el apego al alcohol de su pareja, que la condujo a la muerte.

Encontramos pues dos modos diferentes de conexión con el propio origen, los cuales a su vez se anudan en este vínculo de pareja. Desde la perspectiva de Alberto, una historia vergonzante de un progenitor que abjura de

su origen y es alojado por una mujer en proceso de duelo, la cual se desgarró de la región de sus antepasados mediante la migración. Alberto recuperaba la doble historia en su tendencia a perder, en la cual se conciliaban la identificación con el padre (la más explícita) y con la madre. La desinformación que atribuía a su madre respecto de las historias vergonzantes paternas era una expresión de la desunión que suponía existente entre ellos. Pero el hecho de que ella supiera acerca de peripecias del progenitor que él creía secretas indica que en la historia de su origen hubo algún tipo de encuentro, y no solo la unión aparente entre dos personas sin proyectos en común.

Algo diferente ocurre con Marisú, quien respecto de su origen posee una perspectiva caracterizada por un apego rabioso, centrado en los celos y los sentimientos de exclusión. La orfandad respecto del origen quedaba suplida por el apego al nexo fraterno. Es posible que en ella la vergüenza que la llevaba a silenciar su historia derivara de que hacerlo implicaba encarar su postura envidiosa. Podemos decir que en ella la vergüenza que le despertaba su envidia se combinaba con el apego rabioso a su pareja para generarle un nexo de desconocimiento de su propio origen y sus determinaciones subjetivas.

A partir de estas relaciones con su origen entre ambos se dio un nexo centrado en el desconocimiento que tenía un componente críptico, contenido en la historia de Alberto, y que condensaba también la significatividad de lo silenciado por Marisú, debido a que le resultaba inconfesable.

2. Complementariedades y simetrías, mecanismos dominantes

Deseo encarar ahora otros aspectos de la complementariedad patológica entre Marisú y Alberto. Ella pareciera dar algo que él necesitaba: una casa, una familia, una contención. Ya destacamos que tal vez Alberto encontrara en ella a la madre, que hizo lo mismo con su marido, padre del paciente. Por su parte, Alberto, para Marisú, representaba el sostén económico del que ella carecía desde la adolescencia. También Marisú podía encontrar en el aspecto jugador (apegado a lo "danger") de Alberto a un padre que estaba a merced de una suerte que se le volvió en contra, como ocurrió con el accidente en el que murió. Igualmente, la adicción de él podía ubicarse en la serie del padrastro y de la madre de Marisú. Sin embargo, este terreno de las complementariedades está más cerca de las evidencias de superficie. Antes de avanzar en este campo consideremos otro, el de la simetría (también en un plano superficial), el de la identificación, que abarca a diferentes personajes. En efecto, Marisú tiene un doble de sí, de su mismo sexo: ella es la que puede dar, vestir a otro. El también, pero sus dobles están deteriorados, representan su futuro acechante.

Otro aspecto de las coincidencias entre Marisú y Alberto residía en la retracción narcisista, que es de tipo paranoide. El aburrimiento, mencionado páginas antes, es expresión de esta condición psíquica. También en este punto existen algunas diferencias, ya que en Alberto esta retracción era más evidente, mientras que en Marisú quedaba disfrazada con una aparente conexión con Alberto, al que atacaba y desautorizaba. Sin embargo, en la salida hacia el exterior, ella no podía sino apoyarse en el proyecto y el nombre de Alberto. Nos hallamos en una situación en la cual una aparente conexión encubre una retracción narcisista que en la intimidad se hace evidente, a la manera de una locura privada, no pública, que en cada integrante de la pareja

tiene rasgos específicos, más evidentes en Alberto, más disfrazados (y quizá más insidiosos) en Marisú.

Una aparente complementariedad parece algo más cercana al núcleo de la relación de pareja y corresponde al origen del vínculo. La relación se estableció en torno de la búsqueda que Alberto hacía de droga, ya que Marisú le aportó el dealer que se la suministró. Así, ella se ubicaba como alguien conectada con la exterioridad y que le hacía a él de nexo con el mundo. Sin embargo, el aporte de droga sirvió para mantener a Alberto retraído. Cuando este decía que Marisú era su “cable a tierra” aludía a que ella lo conectaba con un mundo diverso, inclusive con las palabras de las que él parecía no disponer para expresar pensamientos y sentimientos propios. Pero también en este punto se advierte la misma situación: que una aparente contribución por parte de Marisú terminaba teniendo un valor opuesto, dado el tono de denuncia con el que ésta hablaba. De modo que en ambos casos Marisú realizaba un ataque hacia el pensar y el sentir de Alberto, sobre todo hacia aquellos procesos psíquicos ligados a la tramitación de un duelo. El devenir del tratamiento, y sobre todo el abrupto final, descorrió un velo, referido a la eficacia del duelo patológico en Marisú. Pero el acceso brusco a este tipo de contenidos desbordó los marcos del tratamiento, del mismo modo que en Marisú el propio fragmento psíquico en duelo quedaba localizado y atacado en Alberto. Por lo tanto, la presente complementariedad posee subyacemente una identificación, una unificación en torno del ataque al fragmento anímico paralizado en un duelo patológico. Sin embargo, cabe poner en evidencia otras diferencias, ya que él atacaba su sentir con la ingesta y ella lo atacaba proyectando el sujeto de los afectos en Alberto. Uno realizaba una práctica autoerótica y la otra, una actividad aparentemente sádica.

Posterguemos algo más la profundización de este punto para encarar la cuestión del dinero, en la cual se dan recíprocas prestaciones: ella aportaba la casa, él, la empresa y el dinero, a partir de los cuales Marisú desarrolló su propio proyecto. Se trata de un terreno en el cual se ha plasmado un contrato. Tal terreno se centra en torno de las cuentas. Los números, ubicables en las cuentas vinculadas al dinero, en este nivel representarían un intento de fraccionamiento de cantidades (angustia automática, dolor) para que estas pudieran adquirir matices afectivos más cualificados.

Algunos puntos de litigio (en el terreno de las cuentas) entre Marisú y Alberto subsistían, sobre todo porque este no pagaba más que algunos de los gastos de la casa y porque la hacía hablar con el contador cuando ella necesitaba dinero. Otro aspecto del litigio surgió con la necesidad de mudarse, ya que desde la perspectiva de Alberto se arruinaba esa parte de la solución aportada por Marisú: un contexto, un espacio en el cual él podía vivir paradójicamente al considerarlo como ajeno. Sin embargo estos restos de los factores litigiosos no conmovieron el núcleo del vínculo. De hecho, finalmente hubo un acuerdo respecto del modo de abandonar la vivienda que alquilaban. En este acuerdo confluían una identificación de Alberto con un padre que dejaba el espacio ajeno en que fue acogido (en Italia) para trasladarse a Buenos Aires, y un retorno de la época en que Marisú, de niña, dejó de estar aferrada a la mano de un hermano para conciliar el sueño. El modo de abandonar la vivienda contenía también algo de una provocación de la furia impotente en el propietario del departamento, ya que se fueron del país en el momento en que debían entregarlo. De este modo inculcaban en otro el enojo

que les producía verse obligados a abandonar un contexto. Quizá esta maniobra prefigurara algunos rasgos del abandono del tratamiento. Globalmente, el contrato de pareja estaba además al servicio de la desmentida: él podía desconocer la falta de un espacio propio, y ella la ausencia de sostén económico en la familia originaria. En Marisú esta defensa se unía con la tentativa de desmentir la muerte accidental del padre protector.

Tres características de las mencionadas al referirme a Alberto y Marisú (el énfasis puesto en las cuestiones económicas, el lenguaje catártico, el apego al contexto) han sido consideradas como propias de las situaciones clínicas individuales, familiares, grupales e institucionales en las que predominan las patologías tóxicas, como las adicciones o las afecciones psicósomáticas. Con esta observación, que recupera algunos de los comentarios precedentes, nos introducimos en cuestiones algo más refinadas sobre las combinatorias defensivas intersubjetivas.

Comencemos con un aspecto más evidente: que el discurso de denuncia que Marisú desarrollaba en la sesión respecto de las adicciones, el ritmo sueño-vigilia y las amistades de Alberto operaba a la manera de un retorno de lo desmentido. Podemos conjeturar un momento previo de alianza en el encubrimiento de esta realidad, de lo cual tenemos indicios en la escena de origen de la pareja, cuando Marisú le aportó a Alberto la droga que este no conseguía. Así, pues, hubo un cambio en el juego intersubjetivo de defensas, en que la palabra de Marisú pasó a representar el retorno de lo desmentido, y así lo aceptaba Alberto cuando la reconocía como su cable a tierra.

Sin embargo, ya destacamos otra significatividad de la palabra de Marisú, puesto que contenía un ataque al sentir de Alberto, y al mismo tiempo (inadvertidamente) al propio. En cuanto al ataque al sentir de Alberto, había una alianza entre ambos, que estaban de acuerdo en enmudecer el sujeto del dolor en Alberto. El lo hacía mediante el consumo, y ella fortalecía esta orientación defensiva de su pareja con un ataque, en lugar de aportarle una postura empática. La desestimación operaba pues a nivel de los afectos. Cuando Marisú le dice burlonamente a Alberto que parece una foca, o más bien un hipopótamo, esto está en la línea del ataque a la subjetividad y al sentir del otro, pero también al sentir propio, ya que ella ataca así su propia capacidad empática. A. Eiguer (1995) nos habla de un cinismo perverso, de una ironía que transforma al otro en un deyecto. La desmentida servía para sostener un sentimiento de omnipotencia, contracara del desamparo, generada en el objeto.

Había, sin embargo otras alianzas para mantener el desconocimiento y que eran menos evidentes, sobre todo las referidas al hecho de que Marisú soslayaba la expresión de su propio sentir, al que silenciaba de modo menos explícito. El silencio de Alberto, que no interrogaba el sentir de su compañera, hacía de complemento de esta mudez de Marisú en cuanto a la expresión de su afectividad. En lo que acabamos de describir se advierte un mecanismo en común, la desestimación del sentir, en que cada uno hacía de complemento, de refuerzo de la defensa del otro. Sin embargo, Marisú y Alberto diferían en cuanto al modo de alcanzar esta meta. En Alberto prevalecía un recurso, como la ingesta, que implicaba una decisión de incorporación, mientras que en Marisú la vía para llegar al mismo resultado tenía un carácter más psíquico, una proyección, una expulsión. Estas diferencias son las que se dan entre las patologías adictivas y las que padecen afecciones psicósomáticas, en el marco

de las estructuras en las que prevalece la toxicidad pulsional (Maldavsky, 1992).

Pero así como hablamos del retorno de lo desmentido en el vínculo también podemos hablar del retorno de lo desestimado, de la irrupción en el tratamiento del sujeto del dolor por un duelo sin procesar. Tal retorno del sujeto del afecto se presentó como deus ex machina, con el episodio de la muerte del analista de la amiga de Marisú, con lo cual se interrumpió el tratamiento de pareja.

En realidad, hubo dos modos contrapuestos del retorno de lo desestimado. Uno es el ya mencionado, y el otro, el que se fue dando durante el tratamiento en la medida en que Alberto pudo evocar su historia y reencontrarse con procesos de duelo hasta entonces sofocados, interferidos. Este proceso fue gradual, y tendió a la complejización psíquica de un paciente con una estructura precaria; en cambio, en Marisú este retorno de lo desestimado fue brusco, disruptivo. El retorno del afecto desestimado coincidió en Marisú con el retorno de una realidad desmentida, la de la muerte de su padre de un modo sorpresivo, inesperado.

Ya mencionamos que el abandono del tratamiento tuvo ciertas semejanzas con el episodio de su mudanza, en lo que tenía de componente vengativo, de la tentativa de inocular en otro la furia impotente ante una pérdida. Y es posible que los estados anímicos ligados a estos sentimientos arrasadores que desorganizaban los proyectos vitales, resultaron el núcleo de lo improcesable en este vínculo de pareja. Cabe destacar, por fin, el valor de ese piano de cola que Alberto proponía instalar en su nueva vivienda, pese a que ninguno de los dos sabía tocarlo. Parecía representar el mundo de los pensamientos desmentidos y sobre todo de los afectos desestimados, a los que ambos aún no tenían acceso y que, para Alberto, al menos debían tener un espacio, como si dijéramos que lo improcesable al menos quedaba representado en la escena en su carácter contradictorio, enigmático, extraño.

Conclusiones y síntesis

He tratado de mostrar cómo, a partir del proceso psicoanalítico iniciado por una pareja, cada uno de sus integrantes va desplegando sus duelos sin elaborar, los de su generación y los de la generación anterior, encriptados. La cripta constituye, en efecto, un modo de autorizar el poder de una muerte, que manifiesta sus efectos de un modo hermético, con un mensaje cifrado, del cual no se posee la clave. Cada integrante de la pareja sostiene a través del otro su propio vacío de representación o su silencio. Ambos participan de un estado de retracción narcisista sin restitución, que se manifiesta en la apatía, el aburrimiento, las adicciones varias, las búsquedas de conexión a partir del trabajo, que a veces fracasa. La restitución queda interferida por alteraciones en la fuente pulsional: adictivas, psicósomáticas, que dejan al psiquismo cada vez más inermes, ante la estasis pulsional, tóxica, que está al servicio de la pulsión de muerte. Manifiestan también componentes paranoides, más evidentes, de carácter celotípico o desconfiado, que culmina en desconexión, como vuelta a un estado anterior, de estasis. En este proceso se da una pérdida de gradientes psíquicos, combinados con una fijación a una libido intrasomática. La exigencia pulsional es procesada mediante la alteración interna en lugar de la acción específica. Los números, que por momentos nos envolvían, representaban un intento de procesamiento de cantidades pulsionales. Gracias a sus componentes neuróticos esta pareja subsistía como tal, pese a su complementariedad patológica.

En el tratamiento se va produciendo un proceso de elaboración, que se interrumpe traumática y abruptamente, en función de un acontecimiento externo, que es incorporado como propio. De este modo se reactualiza el pasado en una compulsión de repetición, que nos remite a una temporalidad circular, mostrando la fragilidad de la estructura de cada uno de ellos.

Resumen

A partir de la presentación clínica de un tratamiento llevado a cabo con una pareja, intento describir y comprender algunos procesos que se producen en sus miembros y en el vínculo.

Destaco: I) La retracción narcisista, II) Los estados tóxicos, debido a la perturbación en el procesamiento de las pulsiones de autoconservación y libidinales, III) la transmisión intergeneracional del trauma: la cripta, IV) El interjuego de defensas: represión, desmentida, desestimación, y V) La complementariedad patológica.

Summary

The support of cryptation and narcissistic withdrawal in a couple relationship

The author has tried to show how, in the psychoanalytic process begun by a couple, each of its members develops his or her unworked-through mourning, that of their generation and that of the former generation, which have remained encrypted. The crypt is a way of granting power to a death, which manifests its effects in a hermetic way, with a ciphered message, to which no one has the key. Each member of the couple uses the other to support his or her own vacuum of representation or silence. Both participate in a state of narcissistic withdrawal without restitution, which is manifested as apathy, boredom, various addictions, and a search for connection in work, which sometimes fails. Restitution is obstaculized by alterations in the drive source: addictions, psychosomatic affections, which leave the psyche increasingly defenseless with respect to the toxic stasis of the drives, which is placed at the service of the death drive. The couple also manifests more obvious paranoid elements of the celotypical or distrustful type, which lead to disconnection, and a return to a former state of stasis. In this process, there is a loss of psychic gradients, combined with a fixation to an intrasomatic libido. The drive demands are processed through internal alterations instead of specific action. Numbers, which at times enveloped us, represented an attempt to process drive quantities. Thanks to their neurotic components, this couple was able to subsist as such, in spite of their pathological complementarity.

In the treatment, a process of working through gradually takes place, but it is traumatically and abruptly interrupted in function of an external event, which is incorporated as if it belonged to the couple. In this way, the past is reactualized, in a repetition compulsion that refers to a circular temporality, which reveals the fragility of the structure of each member of the couple.

Bibliografía

- Abraham, N. y Torok, M. (1987) L'écorce et le noyau, Aubier, París, 1987.
- Carel, A. (1997) "El *après-coup* generacional", en Lo generacional. Abordaje en terapia familiar psicoanalítica, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1998.
- Ciccione, A. (1997) "Intrusión imagoica y fantasía de transmisión", en Lo generacional. Abordaje en terapia familiar psicoanalítica, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1998.
- Eiguer, A. (1995) Le cynisme pervers, Ed. L'Harmattan, Paris.
- Faimberg, H. (1993) "El telescopaje (encaje) de las generaciones" en Transmisión de la vida psíquica entre generaciones, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1996.
- Freud, S (1905d) Tres ensayos de teoría sexual, en AE, vol. 7.
 _____ (1911c) "Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descripto autobiográficamente", en AE, vol. 12.
 _____ (1914c) "Introducción del narcisismo", en AE, vol. 14.
 _____ (1917e) "Duelo y melancolía", en AE, vol. 14.
 _____ (1918b) "De la historia de una neurosis infantil (el "Hombre de los lobos")", en AE, vol. 17.
 _____ (1924b) "Neurosis y psicosis", en AE, vol. 19.
 _____ (1924c) "El problema económico del masoquismo", en AE, vol. 19.
 _____ (1924e) "La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis", en AE, vol. 19.
 _____ (1927e) "Fetichismo", en AE, vol. 21.
- Fustier, F. y Aubertel, F. (1997) "La transmisión psíquica familiar en suspenso", en Lo generacional. Abordaje en terapia familiar psicoanalítica, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1998.
- Kaës, R. (1993) Le groupe et le sujet du groupe, Ed. Dunod, Paris.

- Maldavsky, D.
tóxicos, Buenos
Aires, Amorrortu Editores.
1996.
- (1992) Teoría y clínica de los procesos
Aires, Amorrortu Editores.
(1995) Pesadillas en vigilia. Sobre neurosis tóxicas y
traumáticas, Buenos Aires, Amorrortu Editores,
(1998) Casos atípicos, Editorial Amorrortu, 1999.
- Mc. Dougall, J.
Tecnopublicaciones,
1987.
- (1982) Teatros de la mente, Madrid,
1987.
- Tisseron, S.
generaciones",
en El psiquismo ante la prueba de las generaciones,
Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1997.